

Juan Fernando Ortega Muñoz

## La persona como superación de los géneros

*Un análisis sobre el pensamiento zambraniano*

### Introducción:

**U**no de los fenómenos más sugerentes e interesantes de la Historia de la Filosofía del siglo XX ha sido, sin duda, el arribo a la especulación filosófica de una serie de pensadoras, que por su originalidad y la profundidad de sus análisis han supuesto una aportación especialmente relevante para la historia del pensamiento de Occidente y para nuestra cultura en general. Citaremos a Rosa Luxemburgo (1870-1991), Edith Stein (1891-1942), María Zambrano (1904-1991), Hannah Arent (1906-1975), Simone Weil (1909-1943). Filósofas de diferente signo y tendencia y de países diversos, todas ellas consecuentes hasta la muerte con sus propias ideas; Edith Stein y Rosa Luxemburgo vilmente asesinadas, Hannah Arent y María Zambrano sufrieron el exilio; todas ellas incomprendidas y minusvaloradas por sus contemporáneos, que no supieron apreciar la grandeza de su especulación filosófica.

María Zambrano es una de las mujeres que ha destacado de forma más relevante en el desarrollo de la filosofía contemporánea. Nacida en Vélez-Málaga en 1904, fue discípula de Ortega y Gasset y compañera de Xavier Zubiri, al que sustituyó en la docencia mientras éste estudiaba con Heidegger en Alemania.

Integrada en el sindicato universitario F.U.E. y en los grupos denominados "Nueva Generación", se incorpora desde muy joven a la actividad política. Republicana convencida colabora con los grupos de resistencia que quieren traer la República. Ingresa en las filas del partido "Acción republicana", fundado por Manuel Azaña, del que se va a dar de baja unos meses más tarde ante la pasividad de las autoridades republicanas en los disturbios e incendios ocurridos en 1931. En 1932 organiza con un grupo de compañeros el "Frente Español", un movimiento político interclasista e interpartidista de inspiración orteguiana. Cuando José Antonio Primo de Rivera crea el "Movimiento Español Sindicalista" consigue atraer a sus filas a parte de los compañeros del movimiento zambraniano y adopta las iniciales - F.E. -. Zambrano indignada disuelve el Frente Español. En 1936 marcha a Chile, donde su marido había sido nombrado secretario de la embajada española. En 1938, ante el cariz que iba tomando la guerra, vuelve a España y es nombrada Consejero de Propaganda y Consejero Nacional de la Infancia Evacuada. En 1939 comienza su exilio que la lleva sucesivamente a París, Cuba, México, donde es profesora de la Universidad de Morelia, y Puerto Rico. En 1946 vuelve a Europa y vive sucesivamente en París, Roma y Ginebra ... En 1981 recibe el *Premio Príncipe de Asturias de Humanidades*. Regresa a España en 1984. En 1988 se le concede el *Premio*

*Miguel de Cervantes*. En 1989 su nombre se baraja como uno de los posibles candidatos del *Premio Nobel*. Muere en Madrid en 1991.

El pensamiento de María Zambrano podríamos situarlo en lo que ha venido en llamarse la filosofía de la postmodernidad. Ella estaba convencida de que la crisis de nuestro tiempo supone un cambio radical en el pensamiento de occidente, y que los regímenes totalitarios y absolutos que hemos sufrido en el s. XX tienen su último fundamento en la filosofía de la Modernidad, que justamente en nuestra hora parece cerrar su ciclo. Zambrano piensa haber alcanzado la superación del racionalismo volviendo los ojos al hombre, a la persona, ser indigente - mendigo de ser, conocimiento y amor - y reclamando una razón femenina, que renuncia humildemente a la coacción en el conocer y se deja poseer por la verdad, le sale al encuentro sin violentarla allí donde alborea, cuando surge de la noche de los *ínferos* del alma y se abre a la luz gracias a la palabra; una razón apasionada, intuitiva, totalizadora, que pone en juego al hombre completo en todos sus posibles órganos de comunicación, una *razón poética*. Con ello el hombre recupera la extensa gama de claroscuros y reintegra a la unidad del conocimiento los saberes erráticos, proscritos por el racionalismo, pero que constituyen la "unidad humana hace tiempo perdida en la cultura europea". La filosofía de Zambrano está más próxima a aquella *sabiduría* que recoge la vieja tradición de occidente, como un saber heredado que no rompe amarras con la vida ni con nuestros ancestros, sino que permanece atenta a la voz del ser, que nos dicta la verdad desde el hombre interior. Es la suya una filosofía hermenéutica.

La concepción de la mujer, que María Zambrano ayudó a definir y consolidar, transformó en España la imagen caduca de un ser subordinado e inculto, en compañera que alcanza los más altos niveles de la especulación y el pensamiento. Ella se cuestiona el hecho de la escasa presencia de la mujer en la Filosofía en su obra *Pensamiento y poesía en la vida española*<sup>1</sup>. Allí escribe: «En rigor, la expresión nace en la queja y la queja supone una cierta rebeldía, una independencia y una afirmación de existencia de quien se queja, que así se defiende y así se afirma. Puede ser ésta la razón de que el hombre haya alcanzado la más alta cima de expresión, mientras que la mujer, normalmente, apenas balbucea. La mujer no se queja, no se rebela, ni se revela; queda oculta detrás de los acontecimientos que la conmueven, detrás de ellos, sentada como en el fondo de su casa». La filosofía fue obra de la osadía de arrebatarse el fuego sagrado, de pedir cuentas a la Divinidad, de imponer una razón a la, al menos, aparente sin-razón de la vida. Todavía en la obra platónica *Las leyes* está presente esa idea de la profanación del misterio por obra de la curiosidad filosófica<sup>2</sup>.

María Zambrano pertenece a la primera generación de mujeres españolas que accedieron a la Universidad. Estaba inmersa en una cultura en la que la mujer era vista en la penumbra de una concepción idealizada de origen medieval bajo el paradigma de la madre - «madre, inmensa sombra», escribe Zambrano<sup>3</sup> - o en la desnuda pasionalidad como objeto del deseo, bajo el paradigma del premio del guerrero de origen nietzscheano - «el adorno en las horas ociosas, el placer que enciende la vida»<sup>4</sup>. Con su original estilo Fernando Arrabal nos describe así a María

### Notas:

<sup>1</sup> ZAMBRANO, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, en *Obras Reunidas*, Madrid, Aguilar, 1971, p. 294.

<sup>2</sup> PLATÓN, *Las leyes*, VII, 22, 821.

<sup>3</sup> ZAMBRANO, M. *La tumba de Antígona*, en *Litoral*, n° 121-123, T. I, p. 61.

<sup>4</sup> ZAMBRANO, M., «Pasaron», *Liberal*, 4 de octubre de 1928.

Zambrano: «Ayer soñé que María Zambrano me disfrazaba de Freud con una falda de organdí [...]. María Zambrano con patines se deslizaba en mi sueño de la poesía a la filosofía, ¡con qué facilidad; ¡Qué bien patinan las bárbaras mujeres inteligentes!»<sup>5</sup>. Lo cierto es que admira esa facilidad con que Zambrano se desliza de la filosofía a la poesía, de la profundidad del pensamiento metafísico a la belleza de la expresión poética.

Ha sido constante la reflexión de María Zambrano sobre múltiples figuras femeninas (reales o literarias), así como sobre las diversas situaciones vitales de la mujer. Sería interesante recordar aquí su relación con Simone Weil, a la que conoció en Valencia durante la guerra civil y de la que fue asidua lectora y Marguerite Yourcenar sobre la que escribió en *ABC* con motivo de su muerte (19-XII-1987). También recordaría su amistad con Rosa Chacel, Lydia Cabrera, Reyna Rivas, Cristina Campos o Elena Croce. Zambrano dedica al tema específico de la mujer tres series de artículos, la primera en el año 28, en que su pensamiento está inscrito en la mentalidad de la época y no aporta una especial originalidad; un segundo grupo en el año 1940 en el que intenta hacer un análisis histórico del proceso de evolución del concepto de la mujer y, por fin, a partir del estudio de 1942 «Las mujeres de Galdós»<sup>6</sup>, se nos muestra una nueva manera de intelección del problema, en la que la imagen de la mujer queda integrada en el concepto superior de la persona, que engloba la realidad diferenciada de hombre y mujer en un plano de igualdad ética y teleológica.

Es innegable el hecho de que la filosofía nace y se desarrolla cuando era más fuerte y consolidada la estructura patriarcal de la socie-

dad. Esto determinó en gran medida la estructura misma del pensamiento filosófico, que se realiza desde la sensibilidad del varón. Pero podemos preguntarnos con Ángela Ales si existe una sensibilidad femenina capaz de determinar una específica manera de hacer filosofía. En principio el pensamiento filosófico es un pensamiento teóricamente “neutro”, asexuado. Simone de Beauvoir intentó demostrar que no hay distinción fundamental en la cultura y el pensamiento que tenga su origen en los géneros. Por el contrario Edith Stein y más recientemente Ángela Ales nos hacen ver que “no se puede ignorar que existe una especial sensibilidad femenina al afrontar los problemas y, consiguientemente, en la solución de los mismos, lo cual puede caracterizar algunas posiciones filosóficas que parten de la mujer”

En su artículo *A propósito de la Grandeza y servidumbre de la mujer*, comentando la obra de su amigo Gustavo Pittaluga, María Zambrano se pregunta sobre la actualidad del tema de la mujer: «¿Acaso no ha pasado ya aquella época en que la «cuestión femenina» fue debatida hasta la saciedad?» Ella misma se contesta: «Es ahora [...] cuando la realidad social, política y económica ha abierto un hueco a la mujer, acogiendo-la en «igualdad de condiciones que el varón» - al menos aparentemente -, cuando se impone y se necesita esa claridad última que solamente surge cuando las cuestiones prácticas están resueltas»<sup>7</sup>.

#### *Primeras investigaciones zambranianas sobre la mujer:*

La primera serie de artículos sobre la

#### *Notas:*

<sup>5</sup> ARRABAL, F., *Genios y figuras*, Madrid, Espasa-Calpe, 1993, p.67.

<sup>6</sup> ZAMBRANO, M., «Las mujeres de Galdós», *Rueca*, I, 4.

<sup>7</sup> ZAMBRANO, M., «A propósito de la Grandeza y servidumbre de la mujer», *Sur*, 150 (abril 1947), p.1.

mujer aparece en *El Liberal*, en una columna titulada «Mujeres», a partir del 28 de junio de 1928. Son artículos breves, valientes, directos, sencillos. «Por estas breves columnas - nos dice - irán pasando en lenta procesión, sin empaque, todas nuestras preocupaciones, nuestros problemas». Y concluye: «Se trata, pues, sólo de ser fiel a sí mismo, limpio espejo de la interior realidad»<sup>8</sup>. Así, ese sentido ético de la vida, esa necesidad de dar testimonio de sí misma lleva a Zambrano al periodismo. Será el suyo un saber combativo, militante, comprometido, «saber de salvación», como ella dice aludiendo a la tesis que por aquellas fechas estaba preparando sobre Spinoza. Hay que superar la vieja imagen del intelectual sólo obsesionado por conocer la verdad, en pro de un intelectual «que ha querido ante todo 'modificar' las cosas, actuar sobre ellas utilizándolas, es «saber de dominación» que ha hecho posible el maquinismo de hoy»<sup>9</sup>. Es en esta fecha cuando por primera vez y explícitamente hace alusión a las mujeres como colectivo, al hablar de la obligación de la participación política. «Y en este sentido - hombres y mujeres - estamos obligados a hacer política»<sup>10</sup>. No se refiere, como aclarará en su participación del jueves siguiente, a formar parte de un partido político determinado, sino que «nuestro propósito es llevar a la actuación en lo social, en lo político, este espíritu romántico de clara visión, de ímpetu disciplinado y consciente, que diríamos definidor del alma de nuestra época»<sup>11</sup>. El ideal a que debe tender toda política será hacia una

«libertad esencialmente democrática», que se ponga «al servicio de los altos valores morales y culturales, al servicio del espíritu, en vez de pretender señorearlo»<sup>12</sup>.

Va a ser el anuncio de la próxima visita de miss Margaret Bonfield, alcaldesa de Liverpool<sup>13</sup>, lo que va a determinar que María Zambrano decida exponer claramente sus puntos de vista sobre la mujer. Ella da por superada la polémica acerca de la capacidad de la mujer para funciones sociales: «No es la falta de potencia intelectual, dotes organizadoras, lo que nos inquieta en la mujer, sino (su) resistencia a actuar de modo distinto a como lo hizo en su antiguo puesto, con las antiguas armas, que fueron «su grandeza y su servidumbre»»<sup>14</sup>. En un artículo aparecido en *El Liberal* el 4 de octubre de 1928 María Zambrano expresa su orgullo de «encontrar tanta mujer - de cualquier región - con historial científico, con biografía cultural»<sup>15</sup>. Y se pregunta: «¿será llegado el momento en que la mujer, siguiendo su tradición aristocrática, va a adquirir el refinamiento supremo del conocer puro de urgencias prácticas, del libre ejercicio del cerebro?»<sup>16</sup>. Perteneciente a una vieja cultura, como la andaluza, donde la mujer ha ejercido desde siempre un poder indiscutible, aunque solapado tras el poder del varón, Zambrano no pone en tela de juicio tal poder, sino la forma de realizarlo. «No es, por tanto, el poder lo que inquieta a la mujer de hoy, que tenía seguro, aunque oblicuo, en la tradicional postura doméstica». Lo que intenta

### Notas:

<sup>8</sup> ZAMBRANO, M., «Nosotros creemos», *Liberal*, 28 de junio. dem.

<sup>9</sup> ZAMBRANO, M., «Sentimos los jóvenes», *Liberal*, 5 julio 1928.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> ZAMBRANO, M., «Sobre la actual generación», *Liberal*, 12 julio 1928.

<sup>12</sup> ZAMBRANO, M., «Hemos hecho alusión». *Liberal*, 26 julio 1928.

<sup>13</sup> ZAMBRANO, M., «Se anuncia...», *Liberal*, 2 agosto 1928.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> ZAMBRANO, M., «Pasaron por España», *Liberal*, 4 octubre 1928.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

es hacer emerger ese poder a la acción directa en lo social y político, a la claridad directiva del mundo teórico, al protagonismo personal y manifiesto en la historia, la plena «entrada de la mujer en el imperio de la dignidad». Pero aun más que esa presencia activa en la vida social, lo que preconiza María Zambrano es el acceso de la mujer al mundo del pensamiento y la igualdad ante la ley. No supone esta participación de la mujer en el mundo cultural, social, el abandono de su reino doméstico, sino el llevar al gobierno civil y político aquel poder compartido que la naturaleza asignó a la sociedad doméstica<sup>17</sup>.

Conforme los artículos de María Zambrano son conocidos y respondiendo a la invitación que ella misma hiciera en su artículo de *El Liberal* del día 2 de agosto, en que pedía que sus lectoras le comunicaran sus problemas, inquietudes y opiniones, Zambrano descubre que la situación de la mujer en España es muy diferente de la imagen idealizada que ella traía de su Andalucía natal y de su propia familia. El 9 de agosto escribe: «La respuesta es lanzada crudamente, apenas planteada<sup>18</sup> la pregunta. Y es natural, ha faltado en España - con escuetas excepciones que confirman la tesis - el clamor apasionante que levantó la mujer en la segunda mitad del s. XIX al disparar el ultimátum de su rebeldía. La actitud agitadora de una miss Pan-Kurst, la abnegación de una Josefina Butler, no la tuvimos en la hora precisa». La ausencia en nuestro país de este movimiento feminista había hecho que aun permanecieran «escandalosos en su zafia realidad - tristes problemas femeninos. Tristes e inactuales frente al mundo»<sup>19</sup>.

Zambrano descubre aterrada la cruda realidad de las mujeres obreras y campesinas. Ella describe con un gran dramatismo la vida de gran parte de las mujeres españolas, no la vida de las señoritas que con ella compartían el privilegio de adelantadas de la juventud española femenina intelectual, sino la de la mujer obrera, marginada y pobre, que ella misma descubre con terror y amargura<sup>20</sup>.

Las expresiones de Zambrano testimonian su contacto directo con aquella realidad que tan crudamente describe,<sup>21</sup> y en su asombro se subleva contra la «solemnidad del Código» que permite esta esclavitud. En el artículo del día 6 de septiembre María Zambrano describe la grave situación de la obrera castellana<sup>22</sup>. Este espectáculo deprimente determina a María Zambrano a adoptar una postura de izquierdas, rebelde ante las injusticias sociales, postura que ya no abandonará nunca: «Esto requiere la organización del trabajo femenino - pasto de explotación - junto con el cuidado y cultivo de su espíritu. Bajo este ángulo visual hemos de mirar las muchachas de hoy esta amarga realidad que se nos presenta. La energía que no supieron verter en alarido, grito, agitación exaltada, nuestras señoritas del siglo XIX - atentas a pintar mariposas - debemos tenerla las chicas de este «frívolo siglo XX», transformada, invertida, fructificada, en sereno laborar, en lucha decidida y firme, dispuestas de una vez, por libre voluntad, a despedir de nuestro esquema social la triste pesadilla de la esclavitud femenina»<sup>23</sup>. Pero eso no basta, «porque nadie podía pensar que la mujer ha saturado su ansia liberadora con la llamada emancipación

Notas:

<sup>17</sup> Ibidem.

<sup>18</sup> En el texto se dice «planeada». Pensamos es una errata y que debe decir «planteada».

<sup>19</sup> ZAMBRANO, M., «Preocupándose de lo social», *Liberal*, 9 agosto 1928.

<sup>20</sup> ZAMBRANO, M., «Obreras», *Liberal*, 11 octubre 1928.

<sup>21</sup> ZAMBRANO, M., «Preocupándose de lo social», *Liberal*, 9 agosto 1928.

<sup>22</sup> ZAMBRANO, M., «Pueblo de Castilla», *Liberal*, 6 septiembre 1928.

<sup>23</sup> ZAMBRANO, M., «Preocupándose de lo social», *Liberal*, 9 agosto 1928.

económica. No, porque esta emancipación es más bien un fracaso, del que la mujer había de consolarse con más altas realizaciones. El ideal feminista - valga el viejo término - está más allá de la emancipación económica, «que no es sino un primer paso tristemente necesario»<sup>24</sup>.

Frente a este estado miserable de la clase trabajadora, María Zambrano, advierte y reconoce con humildad que la imagen de aquella mujer andaluza que ella describe en sus primeros artículos en *El Liberal* es una situación privilegiada. «Frente a esto - escribe - es algo aristocrático la situación de la mujer que puede quedarse en su casa, cuidando de sus hijos; es la mujer que tiene ya un orbe propio, unas prerrogativas y una dignidad; una cultura, en suma»<sup>25</sup>. «La mujer tiene muchas tradiciones en que poder empalmar su vivir futuro». En primer lugar está su «tradicción doméstica» y unido a ella «lo administrativo, lo económico, de menor cuantía frente a lo político del hombre; gobernó sólo la casa mientras él soñaba imperios». Tuvo también su «hora de aristocracia», en que «desarrolla su existencia en pleno ocio, es un ser cuya misión no está en hacer, sino en llevar en sí un valor: con estar presente cumple su misión. [...] La mujer así colocada representaba casi un papel extramundano, suprahumano; pero su ocio magnífico no tenía empleo a no ser en su propia contemplación, cosa ciertamente reservada a la divinidad». Ahora la mujer, piensa Zambrano, puede acceder a un nuevo rol, al libre ejercicio del pensamiento. «Esto sería desde luego - escribe - lo menos doméstico, pero lo más femenino»<sup>26</sup>. En sus

escritos de los días 18 y 25 de octubre, Zambrano vuelve a hablar de la mujer, dejando claro que no se trata de que «la mujer tenga que igualarse al hombre, en ocasiones sería al revés»<sup>27</sup>. El proyecto de feminismo zambraniano, si es que cabe llamarlo tal, no consiste en superar a los hombres, sino «en alcanzar la comunidad de ideales, integración espiritual de sus vidas».<sup>28</sup>

### *Las conferencias de La Habana:*

En 1940 María Zambrano pronunció unas conferencias en la Sociedad Universitaria de Bellas Artes de La Habana sobre el tema de la mujer, que posteriormente publicaría en la revista *Ultra*, nº 45 y 46 (1940). En ellas hace María Zambrano un análisis histórico-filosófico sobre el concepto de la mujer a partir del Medievo. Zambrano piensa que si queremos liberarnos de nuestro pasado y encarar una nueva manera de enfocar el problema sólo es posible a partir de su análisis histórico: «Si lo hacemos es por afán de encontrar claridad, un minimum de claridad para la confusa situación de hoy»<sup>29</sup>.

«Lo primero que encontramos en los orígenes del mundo occidental es una radical divergencia entre el hombre y la mujer». La vida occidental es el producto del maridaje entre la filosofía griega y el cristianismo, según piensa Zambrano: «En Grecia el hombre se define por la filosofía, es decir, racionalmente». Es el señor del logos, palabra y razón a un tiempo. «El hombre es hombre por la palabra que dice la verdad».

#### *Notas:*

<sup>24</sup> ZAMBRANO, M., «Mucho se habla», *Liberal*, 16 agosto 1928.

<sup>25</sup> ZAMBRANO, M., «Pueblo de Castilla», *Liberal*, 6 septiembre 1928.

<sup>26</sup> ZAMBRANO, M., «Pasaron», *Liberal*, 4 octubre 1928.

<sup>27</sup> ZAMBRANO, M., «La fidelidad conyugal», *Liberal*, 18 octubre 1928.

<sup>28</sup> ZAMBRANO, M., «La mujer camina», *Liberal*, 25 octubre 1928.

<sup>29</sup> ZAMBRANO, M., «La mujer en la edad medioeval», p. 1.

La filosofía es tarea de varones. «La mujer permanece al margen de esa actividad y su vida permanece fundamentalmente adherida a la naturaleza, tiene un sentido cósmico y no racional, la mujer es la continuidad gris, monótona y por ello mismo poética de la vida, es la continuidad de la sangre, la cohesión social en su monotonía tan llena de indiferencia como cualquier otra divinidad antigua». El cristianismo aporta un nuevo concepto de hombre determinado por la *creatio ex nihilo*. Pero la «creación quiere decir también libertad». El hombre repite la creación ante la nada de la indeterminación, rotas las cadenas del fatalismo. Estará condenado a ser libre, en palabras de Sartre. Esta libertad combinándose con el racionalismo griego es lo que va a crear el idealismo esencial de la Edad Media»<sup>30</sup> como tarea a realizar en un futuro abierto, la «lucha constante» con la naturaleza que se intenta moldear a partir de unos ideales. «Pues bien, afirma Zambrano, una faceta de este idealismo fue la concepción del amor y de la mujer, para el caballero de la Edad Media. La mujer se escindió en dos significaciones: por una parte, el matrimonio cristiano que santifica la carne, que la perpetúa»; la mujer es símbolo de la fecundidad y con ello perduración, expresión de la continuidad de la historia. «Pero el idealismo masculino no podía satisfacerse con la fecundidad, que es lo que realiza el matrimonio, sino que necesita de otra forma más infinita, más dentro de la órbita de la creación; es el amor, el amor fuera del matrimonio y entendido heroicamente, idealmente»<sup>31</sup>.

El ideal que responde a la plena actividad creadora es el horizonte abierto de la libertad.

«El hombre es, pues, un animal idealista, un animal que vive en un mundo inventado, mientras que la mujer se atiene a lo que hay»<sup>32</sup>. Y por ello, porque el poseer está más en no necesitar que en retener, «la mujer tiene más, está más cerca de la naturaleza y por ello se ve menos precisada a la creación, a la busca y captura de lo que le falta, puede resignarse mejor a vivir con aquello con que se encuentra cuando nace. Su vida es menos dolorosa, y nunca llega a la soledad terrible, a la soledad metafísica del hombre, de donde nace la filosofía, filosofía es igual a creación». A la mujer «su sexo la liga con el cosmos mientras al hombre su sexo no le sirve apenas de nada sino de angustia, de impulso infinito, infinito e insaciable. En el hombre se da la imaginación como poder, poder que permite que la razón como instrumento se lance hacia adelante»<sup>33</sup>. El hombre medieval expresa los dos principios que habían dado pie al Medievo: «la razón griega y la creación cristiana, la primera método, búsqueda de la verdad, la segunda voluntad de poder, símbolo del Dios omnipotente, terriblemente masculino». Es un idealismo voluntarista «y, como no podía ser menos, el hombre en su idealismo inventa también a la mujer, e inventa el amor». Producto de esa tarea creadora e idealista será la mujer paradigmática de la Edad Media. «Es una mujer que corresponde a la idea, a la idea platónica, que como ella es absoluta, es decir, pura, y como ella sirve de mediadora, de intermediaria. Así Beatriz que guía a Dante en el laberinto de la otra vida. Y aparece su carácter «ideal» en lo genérico de sus rasgos, lo genérico y lo leve. De Beatriz sólo sabemos de su sonrisa, su sonrisa que es lo más inmaterial, lo más luminoso, y por tanto lo menos corpóreo»<sup>34</sup>.

Notas:

<sup>30</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 2.

<sup>31</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 3.

<sup>32</sup> Ibidem.

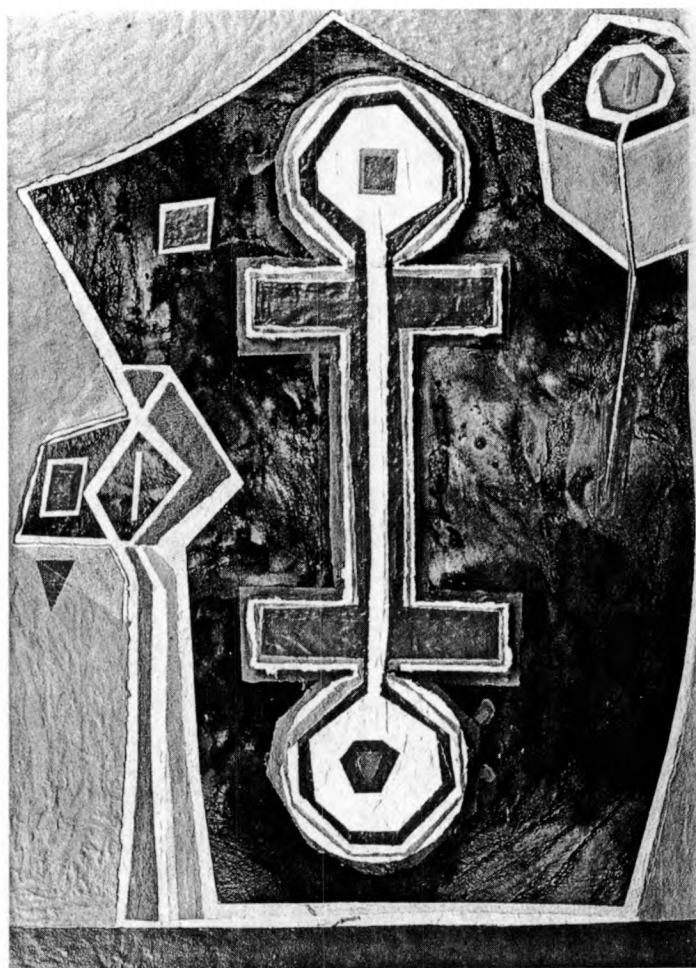
<sup>33</sup> Ibidem.

<sup>34</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 4.

## Aurora

Años más tarde en su comentario a la obra del Dr. Pittaluga, Zambrano nos dice: «La grandeza de la mujer culmina en la Edad Media; es ella, según el autor, la Edad Heroica de la Mujer. Y lo que no dice, pero hace visible, la Edad en que la mujer - contrariamente a lo que se cree - ha estado más ligada al espíritu creador masculino, ha sido más su igual. Después del Renacimiento en que se recoge en algunas espléndidas figuras femeninas toda la fuerza y la gracia de esa «grandeza» que se extingue, llega el siglo diecisiete en que, dicho más por el silencio, queda de relieve el empezar la época de «servidumbre», de la mayor servidumbre, que se va acentuando tan sólo interrumpida por la situación de la Mujer en América, es decir en el «Nuevo Mundo»<sup>35</sup>. Cuando Cervantes pretende poner en solfa la imagen de la mujer ideal del Medievo nos presenta a Aldonza, burda y zafia, como contrapunto de Dulcinea del Toboso, mujer perfecta en la ensoñación enamorada de Don Quijote. «El alto reinado a que ha sido ascendida se le concede a cambio de no actuar, de no ser por sí misma. La mujer es enteramente dependiente aquí, en esta forma enteramente obediente. El hombre la crea, y al crearla le ha dado el más alto puesto a que puede aspirar, está unida a la creación masculina que sin ella no sería posible»<sup>36</sup>. Por eso, en el Medievo la imagen de la mujer real se nos muestra como desdibujada, sólo la vemos actuar con nombre propio cuando la circunda el hábito espiritual del monacato, del monasterio, que la sitúa en el estrato superior aristocrático de la religiosidad<sup>37</sup>. Así Clara que acompaña a Francisco de Asís, o Catalina de Siena, que se permite llamar anticristos a los papas de Avignon. Pero hay que reconocer que la mujer medieval, en casos excep-

cionales se ha expresado también a sí misma, ha sido algo por sí misma, pero en estos casos «indisolublemente ligada al amor. No se ha definido, como el hombre, intelectualmente, lógicamente; la mujer es criatura alógica, que crece y se expresa más allá de la lógica, o más acá, nunca dentro de ella»<sup>38</sup>. Y para expresar ese amor la mujer ha recurrido a dos géneros literarios: la poesía y las cartas; como prototipo del primer caso María



Rafael Romero  
*Symbolon 8, 1998*

### Notas:

<sup>35</sup> ZAMBRANO, M., «A propósito...», p. 6.

<sup>36</sup> ZAMBRANO, M., «La mujer en la edad medioeval», p. 4.

<sup>37</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 3.

<sup>38</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 5.



Zambrano nos recuerda a Safo de Lesbos. «De las brevísimas composiciones que de ella tenemos, apenas nada que no sea ella misma y ella misma es como el corazón de una flor [...]. Todo lo que nos dice son sensaciones, son estremecimientos, son cosas que suceden en lo que un ser tiene de cósmico e inefable»<sup>39</sup>. Como paradigma del otro género de expresión, las cartas, María Zambrano nos habla de Eloisa y Sor Mariana Alcoforado. «El amor, según dijo Diótima a Sócrates, es afán de engendrar en la belleza y cuando esto se cumple el amor ya no tiene por qué expresarse. El amor que se expresa es el amor desventurado». Eloisa es el símbolo del «sacrificio total y completo, la entrega absoluta y sin reservas de una mujer a un poder lógico, a un hombre que realiza la virilidad pensando, demostrando, razonando»<sup>40</sup>. Un hecho poco estudiado y, sin embargo, de una especial importancia, es la relevancia que ejerce la mujer en el mundo de Al-Andalus, especialmente hasta el s. XII. Averroes va a defender explícitamente la igualdad entre hombre y mujer. La grandeza y la dignidad de la mujer va a ser cantada en este período triunfal de Al-Andalus por sus mejores poetas y literatos.

En el Renacimiento se verificó lo que Zambrano llama el «descendimiento de la mujer a la tierra». El hombre se reencuentra con la mujer de carne y hueso, la mujer real. Hay un nuevo enamoramiento colectivo. Aparece el desnudo como expresión de una belleza interior que en él se manifiesta como centro de la armonía misma del cosmos. La mujer tiene cuerpo, pero un cuerpo transido de perfección. «La mujer en su descendimiento ha enriquecido la vida creando una dimensión más, una atmósfera en torno al hombre de genio que creaba la mujer. La mujer

no ha penetrado, es cierto, en la pura creación, pero la rodea y la hace posible. De esta verdadera aristocracia femenina emana un poder de persuasión, una exigencia de belleza espiritual constante que no tolera ningún extremismo, ni permite la decadencia; es como un nivel, como un límite que no se puede rebasar; es para la creación atormentada del genio, la medida»<sup>41</sup>. Y, como toda medida, conserva aun algo de idealidad, de irreal, de ambigüedad. Zambrano escribe: «El encanto principal de estas mujeres extraordinarias - una "Gioconda, una Vittoria Colonna, una Julia Gonzaga" - no es la belleza, según vimos, sino el ser, como después se ha dicho, "ambiguas". Esta ambigüedad está dada precisamente por el carácter de estar colocadas por encima de su sexo. Sin violencia alguna se han instruido en las humanidades y discuten graves problemas del espíritu humano y hasta penetran sutilmente en la posible reforma de la Iglesia. La mujer, al descender de su trono, ha quedado como suspendida en una atmósfera idealizada ahora por ella misma; viven ya por su cuenta, pero esta su vida siendo mujeres de mundo se puede decir que es de una monja laica, o mejor una monja de la cultura, o de las letras. Todas ellas aparecen más o menos asexuadas, más allá del amor carnal, por encima de la pasión, invulnerables. El amor que forjan sutilmente es el verdadero amor platónico, es decir, el amor que lleva al conocimiento»<sup>42</sup>. Se respira un aire de libertad, como si el horizonte se distanciara, como si tras un angosto desfiladero se abriera el paisaje a la amplia meseta de contornos infinitos. No sin razón el Renacimiento descubre la perspectiva, que es armonía, ajuste a un orden abierto. La mujer camina de la mano del hombre hacia una meta ideal de perfección. Pero ese

*Notas:*

<sup>39</sup> Ibidem.

<sup>40</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 6.

<sup>41</sup> ZAMBRANO, M., «La mujer en el Romanticismo», p. 1.

<sup>42</sup> Ibidem.

momento renacentista fue breve; quedó trun-  
cado por la Reforma y especialmente por la  
Contrarreforma que patrocina Trento. «Un vien-  
to de dogmatismo atraviesa este brillante paisa-  
je y lo hiela un poco; las líneas son las mismas,  
pero la luz ha cambiado. Parece que algo se ha  
cerrado allá en el horizonte y las posibilidades  
antes indefinidas de vida espiritual parecen dis-  
minuir. El mundo se estabiliza y las formas espi-  
rituales se fijan, hay como un desencanto sutil y  
hasta una inhibición [...]. La risa y la ironía apa-  
recen, y la mujer se hace devota, moralista un  
poco rígida. El amor platónico es de nuevo ven-  
cido para dejar paso por una parte al amor de la  
vida y de la carne, al amor que es fecundidad, y  
por otra a la pasión que entremezclada a veces  
con la vida religiosa prosigue su canto inacaba-  
ble»<sup>43</sup>. Nos encontramos en el Barroco. El arte  
manifiesta esa duplicidad. Por una parte tene-  
mos los desnudos de Rubens. La mujer muestra  
ostensiblemente sus carnes nacaradas y volumi-  
nosas. Es cuerpo, objeto de placer, exaltación del  
sexo. Pero por otra parte, en las zonas en que  
domina la Contrarreforma, los pintores se dedi-  
can a pintar vírgenes dolientes y Cristos san-  
grantes. De nuevo se ha roto la armonía de lo  
femenino.

«El Romanticismo, uno de cuyos miste-  
rios centrales ha sido el de la mujer, fue, sin  
duda, el postrer momento de esta situación en  
que hombre y mujer eran radicalmente «el  
otro», habitantes de diferentes planos de reali-  
dad. Después, con el Positivismo y la  
Revolución que ha removido todos los estratos  
de la vida humana, la mujer desciende a este  
mundo. Al reclamar su derecho al trabajo, no  
hacía otra cosa que pedir su puesto en este

mundo, en el mismo plano de la realidad que el  
varón»<sup>44</sup>. «Si alguna época tiene conciencia de  
ser una innovación profunda, de traer un modo  
nuevo, es el Romanticismo [...]. El  
Romanticismo aparece ya como una revolución,  
es esencialmente revolucionario, ya no se trata de  
una crisis histórica, sino de una revolución [...].  
Es, sin duda, la fermentación de todo lo que  
quedó reprimido bajo el orden medieval prime-  
ro y bajo la sociedad europea más o menos racio-  
nalista». Surge una nueva sociedad que reaccio-  
na en lo moral contra la religión oficial y en lo  
intelectual contra el racionalismo, exaltando el  
valor de la libertad y los sentimientos. «Los sen-  
deros del corazón fueron la ley suprema»<sup>45</sup> de  
esta época. «Una de las oficinas donde esta socie-  
dad se gesta es, sin duda, el salón regentado por  
una mujer no siempre de la aristocracia. El céle-  
bre salón de Mme. Stael, de la Recamier, muje-  
res más bien de la burguesía que de la alta aris-  
tocracia. Ellas con tacto exquisito y con ductili-  
dad femenina ejercieron un papel de la más alta  
importancia. El pequeño espacio del salón era el  
terreno neutral donde los hombres de diferentes  
clases sociales, tales como las nuevas nacidas al  
calor de la Revolución y los antiguos emigran-  
tes de la Francia monárquica que volvían a la  
patria recobrada, se iban conociendo y tratando y  
prestándose cualidades complementarias; iban,  
en suma, evitando el rencor, el terrible rencor  
producto del alejamiento. En la vida social lo  
más disolvente es el aislamiento, la dispersión y  
el salón de estas mujeres ejemplares era un aglu-  
tinante que conseguía insensiblemente lo que  
cien batallas no hubieran cumplido. De nuevo la  
mujer en la vida política era lo que quizá jamás  
ha debido dejar de ser: la neutralidad, el terreno  
neutro donde toda lucha se amortigua y deja

*Notas:*

<sup>43</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 2.

<sup>44</sup> ZAMBRANO, M., «A propósito...», p.2.

<sup>45</sup> ZAMBRANO, M., «La mujer en el Romanticismo», p. 2.

paso a la concordia. Entonces la mujer, sin dejar de actuar e influir, no era todavía beligerante. La mujer había descendido a la tierra y a diferencia de la dama medieval era activa y desplegaba su ingenio y hasta sus opiniones particulares; tenía sus convicciones privadas y se permitía el lujo de pensar, pero su valor se vertía en algo mayor que ella misma, en algo anónimo: en la creación de la sociedad, de la cohesión social bajo todos los cataclismos de la política»<sup>46</sup>. Son estos salones el germen de un fermento de lo que va a constituir la revolución feminista del s. XIX. «A partir de entonces, en pleno siglo XIX, ya el camino de la rebelión de la mujer va siendo cada vez más efectivo, ya trabaja para ella misma, es decir, para lograr unas supuestas reivindicaciones»<sup>47</sup>.

Este análisis de la mujer queda en estas conferencias como interrumpido en el momento mismo en que alborea una nueva concepción, radicalmente distinta de las hasta ahora habidas. En el estudio que Zambrano hace de la obra de su amigo, se critica algo que podemos aplicar aquí a la misma María. «Hemos de notar ciertos silencios y ausencias como ligeras fallas de una obra tan completa. Todas estas ausencias tienen lugar en los tiempos modernos, es decir, a partir del Renacimiento. Diríase que el libro se precipita y empobrece». Pero aquí mismo María Zambrano deja planteada una pregunta que nos hace pensar: «¿Qué significa este progresivo apagamiento de la grandeza de la mujer en los tiempos modernos?» Y comenta: «La gravedad estaba en que el autor no nos ofrece una fe última, un porvenir para la mujer, en que no aparece lo que la mujer vaya a ser en esta difícil etapa de su

historia que coincide con la mayor turbiedad histórica que se haya conocido. No cabe duda que la mujer está en el umbral de un mundo nuevo en el cual ha de recoger todos los intentos frustrados, todo el fracaso, diríamos, de cierto tipo de mujer habidos en otras épocas»<sup>48</sup>. Este estudio sobre la mujer va a adquirir una mayor profundidad en dos estudios a los que aludiremos de inmediato y posteriormente se diluye en un concepto abarcador y más fundamental, la persona, donde hombre y mujer convergen y alcanzan su plena realización. María Zambrano dedica profundos y sugerentes estudios a la obra de Galdós, en donde se nos muestra ya cómo «la mujer ha bajado a este mundo, existe de veras, y él, el hombre, la encuentra con una realidad propia, antagonista real liberada de la cárcel de los sueños»<sup>49</sup>.

#### *La metafísica de lo femenino:*

«Hablar de la situación de la mujer en cualquier época - nos dice Zambrano - supone hablar de una de las capas más profundas, de los estratos más decisivos en la marcha de una cultura»<sup>50</sup>. Podríamos decir, parodiando la filosofía marxista, que las relaciones hombre-mujer constituyen la infraestructura sobre la que se montan las demás manifestaciones de una sociedad. Justamente por ello, por el radical cambio que han sufrido en nuestro tiempo estas relaciones, ese cambio radical que observamos en la cultura en la actualidad. En el año 1945 Zambrano publica en la revista *Sur* «Eloisa o la existencia de la mujer». «Alma libremente esclava hizo sacrificio de su amor ante la libertad, quiso a su amante por encima de su amor, de la manera más

#### *Notas:*

<sup>46</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 3.

<sup>47</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 3-4.

<sup>48</sup> ZAMBRANO, M., «A propósito...», p. 6.

<sup>49</sup> ZAMBRANO, M., *La España de Galdós*, Madrid, Endymion, 1989, p.187.

<sup>50</sup> ZAMBRANO, M., «La mujer en la edad medioeval», p. 77.

contraria a esa dolencia moderna de los que se enamoran del amor»<sup>51</sup>. Dos años más tarde de la publicación del artículo sobre Eloisa y en la misma revista aparece otro estudio de María Zambrano que denomina «*A propósito de la Grandeza y servidumbre de la mujer*». Estos dos estudios constituyen lo más profundo que ha publicado María Zambrano sobre el tema.» La historia es una forma de objetividad, y por tanto de desprendimiento de la vida; es ya una cierta muerte como lo es toda forma de objetividad. La mujer la ha rechazado o no puede alcanzarla, parece vivir identificándose con la realidad más misteriosa y reacia a ser declarada por el «logos» en cualquiera de sus formas. Vida misteriosa de las entrañas, que se consume sin alcanzar la objetividad»<sup>52</sup>.

En este primer artículo María Zambrano tiene ante sus ojos el libro *Grandeza y servidumbre de la mujer* del médico Gustavo Pittaluga, aun inédito y que aparecería poco después. «Por primera vez, creemos, se plantea el problema de la mujer en su realidad histórica con entera pureza intelectual y libertad de espíritu»<sup>53</sup>. Zambrano advierte la dificultad de objetivar lo femenino, como esencialmente vital y por tanto perteneciente a ese fondo oscuro que desde los ínferos del alma determina las manifestaciones fluctuantes en que la mujer como tal se manifiesta. «Y esta situación errabunda de la mujer es lo que canta el poeta. Realidad fantasmal que los pueblos de todas las épocas han dramatizado en esas figuras femeninas indecisas y errantes que traen el maleficio al mortal que se atreve a mirarlas. Y es la voz doliente que suena en el gemir del vien-

to y el llanto que corre entremezclado con la lluvia. Existencia fantasmagórica de lo que no ha conseguido su ser y no está en la vida ni en la muerte»<sup>54</sup>. Ser enajenado que vive un extraño aquelarre, al verse en la imposibilidad de llevar al mundo de la luz, de la conciencia, su oscuro mundo sensitivo. Por ello que Zambrano escriba: «Entremezclada con la fe cristiana, parece haber persistido con singular terquedad la imagen de la mujer enajenada; criatura extraña en los linderos de lo humano. «Lo humano» es el contenido de la definición del hombre, y la mujer quedaba siempre en los límites, desterrada y, como toda realidad, rechazada, infinitamente terrible. Sólo en su dependencia al varón, su vida cobraba ser y sentido; mas en cuanto asomaba en ella el conato del propio destino, quedaba convertida en un extraño ser sin sede posible. Era la posesa o hechizada que, vengadora, se transformaba en hechicera»<sup>55</sup>.

Mientras que el hombre es cuerpo y espíritu, esto es, pasión y razón, la mujer es alma, esto es, principio vivificador, razón de la vida, que la recibe, la dona y la mantiene<sup>56</sup>. Rilke creyó ver la imagen plena de la mujer en la virgen sorprendida por la muerte cuando aun no ha conseguido la plenitud de su realización. Zambrano la canta así en su única obra teatral *La tumba de Antígona*. Si esto es así, se pregunta Zambrano, «¿Habrà alguna manera en que la mujer encuentre su modo de vida participante en la aventura varonil de la libertad, sin dejar de ser alma? ¿Habrà existido alguna mujer que a través de una pasión dolorosa y fecunda haya logrado servir a la libertad en que el hombre

### Notas:

<sup>51</sup> ZAMBRANO, M., «Eloisa o la existencia de la mujer», Sur, (febrero, 1945), p. 3.

<sup>52</sup> Ibidem.

<sup>53</sup> ZAMBRANO, M., «Eloisa...», p. 3, nota 1.

<sup>54</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 3.

<sup>55</sup> Ibidem.

<sup>56</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 4.

quiere adentrarse? Si la ha habido su ser estará logrado y no será ya ni hechizada, ni hechicera». <sup>57</sup>

Zambrano cree ver el paradigma de esta realización en Eloisa<sup>58</sup>. He aquí como la describe: «No es precisamente un amante feliz; vivió su amor en la plenitud, aunque de una breve hora y sin embargo, compartió la suerte de los amantes que Rilke canta; en soledad atesoró su amor sufriendo todas las metamorfosis necesarias para hacerle inmortal. Con su amor, ella misma, sufrió las metamorfosis lentas y dolorosas para llegar a ser la mujer. Ni hechicera, ni hechizada, hundida en su propia sede, en la realidad de su alma que salvó de su terrible aventura. Ya que el alma requiere, antes de ser realidad plena, ser rescatada de alguna manera, transformándose así de su espontánea realidad perdida y perdurable, en otra cristalina, idéntica a sí misma»<sup>59</sup>. La historia de Eloisa, su singular manera de solucionar su drama personal, se constituye en crisol donde se funde y manifiesta la esencia misma de la realidad femenina.<sup>60</sup> El ser humano se enfrenta al destino como una fatalidad indescifrable que debe aceptar sin comprenderla, llevado por los presentimientos, como luces que espejean tras la oscuridad. Sólo cuando ha consumado su destino, a posteriori, descubre su sentido. «El conocimiento del destino adviene después que se consumó. Entonces, desatado el nudo terrible por el padecer, salta su sentido íntimo; se hace visible, se ha transformado en conciencia».<sup>61</sup>

Es la «cárcel de las circunstancias» la que arrincona al elegido hacia la solución, hacia «el

cumplimiento de determinadas hazañas libertadoras» y con ello a descifrar el enigma de su propio destino. Pero «¿cual fue la hazaña de Eloisa, la que le da nombre perdurable y conquista sede para un mundo femenino del ser?». Eloisa «fue la mujer que sin desprenderse de su alma, la salvó entregándose a lo que parece ser su contrario: la libertad. El alma solamente se salva entregándose, tal parece ser su destino desde siempre». He aquí el drama de lo femenino: sólo se realiza en plenitud su libertad en una donación total y desinteresada de la misma. La mujer, que es esencialmente alma, y como tal esclavitud, emerge a la libertad en la entrega por el amor, en el anonadamiento que la fecunda, en la muerte que la resucita. Vivimos en un mundo en que todo es mensurable, todo sufre el condicionamiento de la medida; son las matemáticas de un saber útil, y por ello egoísta, pero el amor verdadero no admite medida y lo femenino como tal se realiza en el amor, es un misterio de amor. «En su pasión vive este drama y ofrece por la hazaña un modo de ser mujer sumamente fascinante e infinitamente noble: se ha entregado a la libertad por la esclavitud. Ella lo sabe cuanto es posible: sabe único su amor, siente único a su amado y a su amante, singular personaje en quien podrían descubrirse todos los heroísmos y las torpezas del varón occidental».<sup>62</sup> Lo femenino ha cumplido su ciclo. «Tratándose de la mujer toda liberación - parece - ha sido consumada mediante la esclavitud. La esclavitud ha sido la manera como el ser de la mujer se ha realizado más espléndidamente».<sup>63</sup> Pero ¿no es esto en gran medida común también al varón? La verdad es que la misma Zambrano lo generaliza

*Notas:*

<sup>57</sup> Ibidem.

<sup>58</sup> Ibidem.

<sup>59</sup> Ibidem.

<sup>60</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 4-5.

<sup>61</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 5.

<sup>62</sup> Ibidem.

<sup>63</sup> ZAMBRANO, M., L. c., p. 11.

dos renglones más abajo cuando escribe: «La vida humana en su ambigüedad característica se mueve entre la esclavitud y la libertad, categorías supremas de la vida». Pero «el alma no quiere dejar de ser esclava». <sup>64</sup> ¿Cual es la razón última de esta necesidad de esclavitud? Zambrano afirma: «el alma no puede existir en su ser, receptora, pasiva, necesita de la existencia de algo más real que ella a quien adorar y adquirir así la forma que no tiene, la existencia que le falta; las más veces por participación, de un modo imperfecto; por identificación transfiguradora, cuando alcanza la verdadera realidad» y ésta la alcanza gracias al amor, «cuando fundida por la adoración llega por fin a transfigurarse en el objeto amado». <sup>65</sup> Para Eloisa «existir es ofrecerse. El sentido del existir como ofrecimiento parece ser femenino; propio de la criatura identificada con su alma y, sin embargo, debe estar en la raíz de la vida humana», porque en todas las religiones la ofrenda era el acto en que el hombre entraba en relación con la divinidad <sup>66</sup>. Parece que esta imagen de Eloisa hubiera quedado definitivamente superada, enclaustrada en el Medievo, historia de un tiempo definitivamente pasado. Pero como descubridora de la esencia de lo femenino, es la manifestación de esa entraña que de continuo intenta extrovertirse y manifestarse, porque ella es la mujer, y expresa en su dolor la quintaesencia de lo femenino. Al comienzo mismo del Génesis Dios advierte que el hombre estaba solo, es su esencia metafísica; la soledad era, por primera vez en los seres creados, el vacío de la indeterminación, la nada que hora-

da la fatalidad y permite la libertad. «Y así en la civilización nacida bajo las creencias cristianas, el hombre se lanza frenéticamente hacia su libertad, como si por primera vez en el mundo todo el caudal de su esperanza quedara al descubierto. La soledad no era ya desamparo, como al final del mundo antiguo, sino soledad creadora, imagen de la nada de donde Dios creó el mundo». Por el contrario, «la mujer se supo dueña de un alma y se identificó con ella, pero no se supo espíritu, afán creador». <sup>67</sup> «La mujer parece haber sido designada para ser la protagonista de la historia del alma del mundo». <sup>68</sup> La mujer «cuando pierde el alma no parece tener ya cosa alguna y, convertida en sombra, anda errante, perdida irremisiblemente». <sup>69</sup>

El varón tiene «al lado de la vida del alma, otra vida. Y la especie superior del hombre quizá sea esa, tan rara hoy, que realiza el prodigio de vivir entre las dos, ganando el «nous» sin perder el alma; adentrándose en la libertad, cuanto le sea posible, sin aniquilar ni humillar la vida de las entrañas». <sup>70</sup> He aquí la síntesis, el nuevo estilo del filosofar que Zambrano preconiza, que no crea destruyendo, al modo del varón, al estilo de la filosofía racionalista, que todo lo cuestiona, sino que al estilo femenino, conserva las entrañas y las ilumina con un saber que da sentido, que no comienza negando o cuestionando lo que justamente quiere salvar, sino haciendo una hermenéutica iluminadora que redime las apariencias. La mujer, identificada con su alma, no sintió como el hombre la soledad; se sintió siempre acompañada, vinculada a todas las

### Notas:

<sup>64</sup> Ibidem.

<sup>65</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 11-12.

<sup>66</sup> ZAMBRANO, M., l.c., p. 12.

<sup>67</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 6.

<sup>68</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 11.

<sup>69</sup> Ibidem.

<sup>70</sup> ZAMBRANO, M., L.c., P. 12.

cosas, madre del orbe, preñada del universo. Y «si el espíritu creador es divino, el mundo del alma - de la mujer - es sagrado, es decir, no revelado. Mundo anterior al «logos», entra en contacto con el «logos» mediante el ofrecimiento de sus entrañas para que en ellas se realice; se haga corpórea realidad; carne y alma».<sup>71</sup> Y así la mujer, misterio y promesa, es fecunda en su donación total, y en su negación fecunda hace fértil la empresa creadora del varón. Es su esencial complemento metafísico. Con la mujer el varón recobra las entrañas, se vincula con el misterio, con lo sagrado; con el varón la mujer realiza su libertad, emerge de la placenta interior, se desentraña, se identifica consigo misma, se retoma y posee.

«La mujer no participaba en la libertad del varón medieval, tampoco había participado en el descubrimiento del «logos» que la filosofía hiciera en Grecia; ajena al mundo del «logos», llevaba la perduración del mundo anterior y tendría que ser la máxima resistencia para la masculina libertad y su infinito anhelo de existir»,<sup>72</sup> pero ello no quiere decir que la mujer permanezca ciega al mundo noético, no está carente de saber, sino que sabe de otra manera: el varón intenta dominar la realidad, la mujer se deja más bien poseer por ella; el varón la construye para lo que primeramente la mata; la mujer la recibe como donación gratuita. María Zambrano llama sagrada la imagen de la mujer en la medida en que es un arcano para el hombre. Por ello que para alcanzar el ser de la mujer sea necesaria una especial meta-física que actúa no con conceptos, sino con imágenes, porque «la realidad no aprehensible en conceptos, puede, sin embargo, apresarse en imágenes. La imagen es más activa, más

eficiente que el concepto, como si fuese la forma adecuada para esa realidad infinitamente activa, no sometida al «logos» y, por tanto, de la que todo puede esperarse y todo puede tenerse. Las imágenes revelan esa realidad manteniéndola dentro de los límites dóciles, en cierto modo, al querer del hombre que ante ellas se postra. Y al adorarlas y contemplarlas se alimenta de su fuerza, sin entrar en litigio; sin ofrecerle cosa distinta de lo que puede. La imagen preserva al hombre de ser destruido por la realidad que, sin ella, le acometería siguiendo su ley y apetencia propia. Y así lo sagrado se ha vertido siempre en imágenes, transformándose en protectora presencia. Al objetivarse la terrible y atrayente realidad, deja espacio para la existencia de su adorador, que conquista con su adoración, su independencia».<sup>73</sup> El hombre siente el vértigo que le empuja, como al abismo, hacia la mujer, y se defiende de su hechizo interponiendo la imagen, con lo que a un tiempo se libera del encantamiento de la esfinge y transforma esa imantación en potencial de su propio desarrollo personal. La mujer real debía cumplir una misión.<sup>74</sup> El hombre se aferra a su imagen como Don Quijote a Dulcinea, aun cuando el olor a sudor y a cebolla de Aldonza, contradiga su sueño. Siempre hay el recurso a los brujos y malandrines que convierten la idea en desagradable realidad cotidiana.

La creación personal en el amor es una de las aportaciones de María Zambrano al tema de la mujer. «En las profundidades de los grandes amores, siente el amante haber sido engendrado en el amor del otro; filialidad y hermandad a la vez que hace crecer la propia existencia dependiente del otro, intrincada en él, sin libertad, sin espacio», a imagen del mito bíblico en que Eva

*Notas:*

<sup>71</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 6.

<sup>72</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 6-7.

<sup>73</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 7.

<sup>74</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 7-8.

es creada del costado de Adán, porque toda mujer «ha de reproducir, de algún modo a la mujer primera; como todo varón al varón primero». <sup>75</sup> Esa visión de Eva en la mujer medieval la hacía participar de su culpa y la mujer era vista como «el eterno obstáculo, no de la historia, sino de la vuelta al hogar donde no la hay; la eterna causante del destierro». En la mujer «quedaba confinado todo lo no humano. En la imagen de la mujer el varón había encerrado todo lo inescrutable de la suerte, lo permanente de la naturaleza y lo azaroso del destino, todo lo inexpugnable a su razón». Pero la mujer era vista a un tiempo que lo anterior como el antídoto del varón para salvarse de su negatividad, porque también en una mujer se da la plenitud (*gratia plena*). «Es el suceso de la ascensión de la mujer desde el valle de Eva a una altura por encima de la más alta cima de lo humano. Su transformación en criatura de la libertad y de la gracia había tenido lugar desde la esclavitud» - *ecce ancilla* -. Y así la mujer era «esclava y libertadora, misterio natural y ángel sobrenatural; definitivo escollo y guía del viaje más audaz por los abismos del infierno y las alturas celestes». <sup>76</sup>

Ella está al comienzo mismo de la historia - la gran madre - dando a luz al hombre como tal, porque «la acción primera y primaria de la mujer tiene lugar en el comienzo mismo de la Historia, en los primeros pasos en que el varón se desprende de la vida nebulosa «natural» para afirmarse en lo que tiene de peculiar y humano [...]. Es ella, la Mujer, la creadora, o por lo menos la nodriza de la humanidad del hombre, del hombre como ser específicamente distinto del animal». <sup>77</sup> Pero no es solamente en el alborear

de la humanidad donde la mujer aparece como la gran madre, la gestadora y creadora del hombre, sino que en los momentos de crisis de la Humanidad, vemos emerger a la mujer como la «mediadora», que nos ayuda a superar la angostura del desfiladero que separa las épocas consolidadas. «La mujer -nos dice Zambrano- cobra toda su magnitud en esos momentos de metamorfosis para eclipsarse en los tiempos de orden y seguridad [...] Y así la Mujer aparece [...] como una potencia, fuerza originaria, no cósmica, sino intermediaria que se revela y alcanza su valor en los momentos en que el hombre abandona un alma, un modo de ser, para lanzarse hacia otro. La mujer desde más allá, desde «otro mundo» guía decisivamente las transmutaciones de este mundo». <sup>78</sup> Hoy, época de crisis, es período de plenitud de lo femenino, en que lo humano, el varón ha de ser de nuevo engendrado.

María Zambrano acepta de Pittaluga la idea de que «la mujer aparece [...] como percibiendo los valores, sugiriéndolos, haciéndolos triunfar; en suma, haciendo que se hagan realidad. La mujer es la mediadora entre el reino de los valores». <sup>79</sup> Por lo tanto, si Zambrano admite que en el reino de la razón, de la especulación, de la filosofía, el varón ha ejercido un indiscutible principado a través de la historia, es interesante observar, cómo en ese otro género, más próximo a la zona profunda de lo sagrado, de los valores, la hegemonía indiscutible siempre fue de la mujer. «La mujer percibe los valores y se desentiende de las verdades, cuya búsqueda ha sido la acción más masculina del varón, más exclusiva [...]. Sócrates ha sido el más viril de los hombres, y su amor a la verdad sobre la vida ha irri-

### Notas:

<sup>75</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 8.

<sup>76</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 9.

<sup>77</sup> ZAMBRANO, M., «A proposito...», p. 3.

<sup>78</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 5-6.

<sup>79</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 3.



tado a la mujer representada, sin duda, por la sagacidad de Platón en esa esposa indomable, hostil a la vocación de su marido al que ama por encima de sí misma y cuya muerte debió parecerle sobre manera fatal. En su llanto desgarrado brotaba toda la desesperación de la mujer que ve al hombre tomar un camino estéril y doloroso, incomprensible; que lo siente enajenado de su regazo, irremisiblemente perdido para ella. Nadie se ha apiadado del dolor de Xantipa y [...] es a ella a quien vemos redimida, al fin, justificada. No la verdad, sino la vida, y los valores, esas difíciles realidades que esperan y reclaman ser realizadas».<sup>80</sup>

Consecuente con esta apreciación surge aquí una valoración ética diferente para mujer y varón. - «Por ellos - escribe Zambrano refiriéndose a los valores - la mujer es auténtica y no sincera y se hace justificable hasta el heroico fingimiento que defiende un último valor auténtico».<sup>81</sup> Heroico fingimiento que salvó la vida de un Maimónides, obligado a la conversión mahometana, o de un Abraham que presenta a su mujer como hermana por temor a que sus paisanos deseados de poseer a su bella esposa, le dieran muerte para verla libre. Pero esta asignación de los valores a la mujer y de la especulación al hombre plantea serias dudas que no se le ocultan a la misma María Zambrano: «¿No resulta acaso apresurado, parcialmente vitalista esta escisión y casi oposición de la verdad y el valor?. La fría, clara, invulnerable verdad hablada por la mente del varón, ¿no ha sido necesaria para la vida que, sin ella, jamás hubiera alcanzado verdadera humanidad?. ¿Puede extirpar-

se el «logos» de la vida que llegó hasta hacerse carne porque ella, la carne, lo necesitaba para resucitar? ¿La razón no es también alimento de la vida? ¿Y no es por la verdad por lo que la vida alcanza o llega a punto de alcanzar eso que es lo más humano de nuestra vida: la libertad?».<sup>82</sup> Zambrano no contesta a estas preguntas.

Zambrano elogia como lo más acertado de la obra de Pittaluga, la diferenciación entre varón y mujer en razón de su singular manera de concebir el tiempo. Sin duda el carácter más intuitivo, realista, de la mujer hace que ésta tenga una visión menos utópica y más real del tiempo, con un claro predominio del presente sobre los otros dos planos, de los cuales el varón da preferencia al futuro, mientras que la mujer se vuelve con más insistencia sobre el pasado. Las tradiciones se conservan en gran medida gracias a este carácter tesorizante de tradiciones de la mujer.<sup>83</sup> En cuanto al futuro, Zambrano admite la precisión establecida por Pittaluga: «Mientras el hombre prevé, la mujer presente».<sup>84</sup> Observación sutil que vuelve a insistir en ese carácter mucho más intuitivo de la mujer que ejerce una empatía cordial que le hace alcanzar un conocimiento de la realidad fundamentalmente humana más fundada en razones del corazón que de la mente. «Aquí se hace inteligible esa vocación femenina persistente: la pitonisa, la adivina, la mujer que se relaciona con el hado de modo íntimo y oscuro: la eterna Casandra».<sup>85</sup>

Zambrano termina su artículo con un himno a la esperanza: «Si el futuro de la especie no está en la mujer, no reside en parte alguna [...]. No apuntar al porvenir de la mujer, a la mujer que ha

*Notas:*

<sup>80</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 4.

<sup>81</sup> Ibidem.

<sup>82</sup> Ibidem.

<sup>83</sup> Ibidem.

<sup>84</sup> Ibidem.

<sup>85</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 4-5.

de venir, es tanto como no apuntar al futuro del género humano».<sup>86</sup> Pero como contrapartida, María Zambrano se plantea las siguientes preguntas: «¿Puede la mujer ser «individuo» en la medida en que lo es el hombre? ¿Puede tener una vocación además de la vocación genérica sin contradecirla? ¿Puede una mujer, en suma, realizar la suprema y sagrada vocación de la Mujer siendo además una mujer atraída por una vocación determinada? ¿Puede unir en su ser la vocación de la mujer con una de esas vocaciones que han absorbido y hecho la grandeza de algunos hombres: Filosofía, Poesía, Ciencia, es decir, puede crear la Mujer sin dejar de serlo?. El precio de la creación del hombre ha sido muy alto y sus condiciones muy rigurosas: soledad, angustia, sacrificio. La mujer ha ofrecido su sacrificio permanente sin traspasar el lindero de la «creación». ¿Le será permitido hacerlo; podrá arriesgarse en un nuevo sacrificio sin arriesgar la continuidad de la especie, sin dejar de ser la gran educadora y guía del hombre?».<sup>87</sup>

### *La integración de los géneros en el ideal de la persona.*

En el artículo que acabamos de analizar, María Zambrano denuncia esa desigual manera de enfrentarse mujer y hombre a la Historia y hace una opción por la superación de esa desigualdad a base del protagonismo conjunto de la pareja. «Esta tabla de categorías culmina en la «pareja humana», cuya unidad es la verdadera

protagonista de la historia».<sup>88</sup> Desde la publicación en 1947 de su artículo antes comentado, el tema de la mujer ya no es objeto de estudio específico para María Zambrano. Durante sus últimos cuarenta años no vuelve sobre ello, pese a la costumbre zambranianiana de retomar los temas fundamentales de su investigación de forma reiterativa. Una idea ha venido a suplantar su preocupación sobre el problema de la mujer, el concepto de persona, la realización personal en la que la mujer encuentra la vía de desarrollo de su propia singularidad como género. «Aunque lenta y trabajosamente, se ha ido abriendo paso esta revelación de la persona humana, de que constituye no sólo el valor más alto, sino la finalidad de la historia misma. De que el día venturoso en que todos los hombres hayan llegado a vivir plenamente como personas, en una sociedad que sea su receptáculo, su medio adecuado, el hombre habrá encontrado su casa, su «lugar natural» en el Universo».<sup>89</sup> Si cada generación está dominada por un orbe de ideas, una constelación que como las del zodiaco, según creían los antiguos, domina los diferentes momentos de la historia, el momento actual está dominado por la idea de *persona* «como algo original, nuevo, realidad radical irreductible a ninguna otra» y la de «democracia», como el ámbito adecuado de su desarrollo,<sup>90</sup> pues «si se hubiera de definir la democracia, podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no sólo sea permitido, sino exigido ser persona».<sup>91</sup> Para Zambrano la democracia «es el régimen de la unidad en la multiplicidad, del reconocimiento, por tanto, de

#### *Notas:*

<sup>86</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 7.

<sup>87</sup> Ibidem.

<sup>88</sup> ZAMBRANO, M., L.c., p. 3.

<sup>89</sup> ZAMBRANO, M.: *Persona y democracia*, p. 34.

<sup>90</sup> Para un estudio más detallado sobre las relaciones persona-democracia en Zambrano, véase mi artículo «Persona y democracia en María Zambrano», *Jabega*, nº 59, (Málaga, 1988) 73-80.

<sup>91</sup> ZAMBRANO, M.: *Persona y democracia*, p. 117.

todas las diversidades, de todas las diferencias de situación».<sup>92</sup> No es sólo una sociedad de individuos de tipo uniformador y totalitario, sino la rica variedad de las personas, singularizadas por raza, sexo, religión, cultura, etc.

María Zambrano piensa que el concepto de mujer y varón quedan elevados a ese nivel superior de la persona que integra su diversidad y la realiza. La persona es para María Zambrano la «realidad más valiosa que todas, portadora de un designio que la sobrepasa, tan inasequible y lejana y tan cercana y frágil, la más invulnerable y lo más conmovedor, el mayor prodigio del universo conocido, la persona humana».<sup>93</sup>

Juan Pablo II en una reciente carta abierta a todas las mujeres del mundo escribe: «Te doy gracias, mujer, por el hecho mismo de ser mujer. Con la intuición propia de tu feminidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas».



Pere de Ribot  
*Construcció*, 1992

*Notas:*

<sup>92</sup> ZAMBRANO, M.: l.c., p. 143.

<sup>93</sup> Ibidem.